

Segunda Conferencia Anual CAF-LSE 'El Sur Global y la Cuenca Atlántica. Nuevos actores, desplazamiento del poder y desafíos para el orden internacional

Londres, 16 de enero de 2015

“El conflicto es real y, si no es un ‘choque de civilizaciones’, desde luego sí se trata de una tormentosa disputa en torno a principios básicos como la libertad, la igualdad ante la ley, la democracia representativa y la autonomía de la sociedad civil frente a la imposición totalizadora del islam.”

“Puesto que esta es mi primera intervención pública desde los atroces atentados de París acaecidos la semana pasada, les ruego me permitan transmitir mis más sentidas condolencias a las familias de las víctimas y al pueblo francés en su conjunto. Al igual que millones de personas amantes de la libertad en el mundo entero, me he sentido profundamente afectado por la brutalidad de estos actos cobardes perpetrados contra periodistas, caricaturistas, agentes de policía y transeúntes.

Me habría gustado poder decir aquí ante ustedes que estos atentados son un hecho aislado y que Occidente, así como sus valores y principios esenciales, se hallan a salvo. Desgraciadamente, esto no es así.

Vienen tiempos difíciles. Con toda seguridad, los terroristas yihadistas volverán a intentar golpearnos, y con mayor fuerza si cabe. Debemos prepararnos para hacer frente a esta formidable amenaza, que pone en peligro nuestros valores y nuestras libertades.

“Todos somos Charlie”, de acuerdo. Pero los atentados de París suscitan las mismas preguntas que suscitaron los anteriores ataques en Londres, Madrid, Nueva York, o Washington D.C.: ¿existe una estrategia clara para afrontar la amenaza que el islamismo radical representa para Occidente, sus valores y sus libertades? ¿Estamos más cerca de conseguir el imprescindible consenso en torno a los mejores medios para integrar en nuestros países a las comunidades musulmanas? ¿Nos hemos dotado de las estrategias precisas para prevenir el radicalismo en el seno de esas mismas comunidades?

Debo decir que a día de hoy no se ha dado respuesta a esas preguntas de manera satisfactoria. La eliminación de Osama Bin Laden generó una euforia prematura en los Estados Unidos y en sus aliados europeos, que llegaron a creer que Al-Qaeda estaba acabada y que el terrorismo yihadista ya no estaba en condiciones de atacar ni en Europa ni en los Estados Unidos, “lobos solitarios” aparte.

El surgimiento del autoproclamado Estado Islámico o ISIS en Siria e Irak demuestra que se trataba unas conclusiones apresuradas e inexactas como poco. En Irak las tropas terrestres estadounidenses están de vuelta, mientras que la misión en Afganistán se ha extendido de facto. En cuanto a Libia, este país norteafricano se halla sumido en el caos y carece de un Gobierno unitario y efectivo, además de estar infestado de milicias armadas y grupos yihadistas, algunos de ellos alineados con el ISIS.

Sin embargo, nos guste o no, no tenemos otra alternativa que hacer frente al yihadismo en nuestro propio territorio. Y no estamos lidiando con “lobos solitarios” dotados de

medios limitados para matar, sino con radicales perfectamente adiestrados y armados que no muestran piedad ni remordimiento cuando se trata de matar a sangre fría.

Algunos en Occidente minimizan la gravedad de la amenaza sosteniendo que los yihadistas y salafistas constituyen una minoría en el seno del islam, lo cual en rigor es cierto. Otros simplemente responsabilizan a Occidente de la radicalización de los musulmanes, debido a la injerencia occidental en los asuntos de Oriente Medio y al supuesto fracaso a la hora de integrar a la población musulmana que habita dentro de sus fronteras.

En cualquier caso, el conflicto es real, y si no es un “choque de civilizaciones”, desde luego sí se trata de una tormentosa disputa en torno a principios básicos como la libertad, la igualdad ante la ley, la democracia representativa y la autonomía de la sociedad civil frente a la imposición totalizadora del islam.

La corrección política y el pensamiento débil desenfrenado, dos de las lacras del mundo occidental en la actualidad, debilitan el concepto mismo de ciudadanía, facilitando por tanto el establecimiento de lealtades identitarias de religión o grupo. El embrujo del yihadismo, no solo sobre los musulmanes radicalizados dispuestos a matar, sino también sobre aquellos que simpatizan con éstos, pone de manifiesto el vacío y el desarraigo cívico que hacen posible la sustitución del Estado de derecho por la sharia.

El mundo moderno de Estados-nación, basado en el sistema westfaliano concebido tras la Guerra de los Treinta Años, ha perseguido paliar la naturaleza anárquica de las relaciones internacionales, valiéndose para ello de una extensa y compleja red de organizaciones internacionales. Éstas se orientan a la promoción del libre comercio, al planteamiento y aceptación de principios para la resolución de disputas internacionales, y a limitar el ejercicio de la guerra cuando ésta resulta inevitable.

Pero como nos advierte Henry Kissinger en su último libro, este sistema basado en reglas se enfrenta a enormes desafíos. Ya no existe una definición compartida de este sistema común, ni acuerdo acerca de lo que significa hacer una contribución “justa” a dicho sistema.

Allende el mundo occidental, regiones que desempeñaron un papel mínimo en la formulación de estas reglas cuestionan ahora su validez y maniobran para modificarlas. Es precisamente ahora que la expresión “comunidad internacional” se utiliza con enorme frecuencia cuando dicha expresión ha dejado de designar unos objetivos, procedimientos y límites compartidos por todos.

Vivimos en un mundo desordenado. El orden democrático imaginado por el presidente de los Estados Unidos George H. W. Bush inmediatamente después de la Guerra del Golfo es ahora una quimera. Y en ningún lugar es este desorden tan patente como en Oriente Medio.

En el transcurso de los próximos años, esta región probablemente presentará una serie de Estados débiles incapaces de controlar amplias zonas de su territorio, milicias y grupos terroristas crecientemente brutales, así como guerras civiles y conflictos interestatales. Las identidades sectarias y comunitarias primarán sobre las nacionales.

Alimentados por la existencia en la región de inmensos recursos naturales, poderosos actores locales continuarán entrometiéndose en los asuntos internos de los Estados

vecinos, mientras que los principales actores extrarregionales seguirán mostrándose incapaces de estabilizar la región o renuentes a hacerlo.

Huelga decir que la permanente inestabilidad en Oriente Medio agravará el gravísimo problema de seguridad que representan los terroristas yihadistas dotados de pasaporte europeo o estadounidense.

Debe recordarse que el orden internacional organizado en torno a las Organización de Naciones Unidas y basado en reglas e instituciones tenía su principal recurso en el vínculo transatlántico.

En efecto, la reconstrucción de Europa habría resultado imposible de no haber sido por el Plan Marshall y el compromiso americano con la seguridad de Europa occidental, un compromiso que cristalizó en la Alianza Atlántica, fundada en 1949,

Primero fue la seguridad. La seguridad propició la reconstrucción. Y con el tiempo, la seguridad y la reconstrucción dieron pie a la cooperación y al progreso.

Si los principios e instituciones que hacen posible la libertad no fueron barridos de Europa durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra fue gracias a la decidida implicación de los Estados Unidos y a la forja de la Alianza Atlántica.

Las aplastantes victorias de 1945 contra la Alemania nazi y de 1989 contra la Unión Soviética ponen de relieve el extraordinario éxito del vínculo transatlántico.

No obstante, hay que decir que el derribo del Muro de Berlín y la subsiguiente desintegración de la URSS nos llevaron a creer que la historia había “acabado” en términos dialécticos y que el capitalismo y la democracia liberal prevalecerían indefinidamente. Esta idea equivocada, junto al mundo unipolar surgido tras la desaparición de la Unión Soviética, desapareció con los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Washington y Nueva York.

El sistema mundial resultante se caracterizaba por su fragmentación, por su multipolaridad y, por tanto, por su inestabilidad potencial.

En un mundo caótico como éste, el vínculo transatlántico es probablemente más necesario que nunca. Estoy convencido de que la Alianza Atlántica sigue siendo el mejor instrumento para proteger la seguridad y la prosperidad de las sociedades occidentales.

Es verdad que el “centro de gravedad global” se está desplazando desde el Atlántico a la región de Asia-Pacífico. La misma Administración Obama ha propugnado una basculación (pivot, término más tarde sustituida por rebalancing o “reequilibrio”) hacia Asia.

Sin embargo, debo decir dos cosas en torno a esta cuestión. La primera, que no se trata de un proceso inexorable. En segundo lugar, que Occidente, que comprende ambas orillas del Atlántico, puede y debe reaccionar a fin de revertir este fenómeno.

Soy un atlantista convencido, y como tal sostengo que sería un error subestimar el potencial de esta región. Pero no me refiero exclusivamente a América del Norte y a Europa, sino a la cuenca atlántica en su conjunto.

Así es, reuniendo 66 países y 32 territorios, desde Norteamérica a Sudamérica y desde Europa a África, la cuenca atlántica goza de una población eminentemente joven y

prometedora. Asimismo, esta región alberga abundantes reservas de energía, materias primas y minerales raros.

Muchos de sus países cuentan con instituciones políticas dotadas de raíces y valores comunes. Es más, la región atlántica se está convirtiendo en un microcosmos del mundo globalizado. Los flujos de capital, personas, comercio (y desgraciadamente también de drogas y crimen organizado) se están disparando en una región que ya es la gran reserva energética del mundo, y que además cuenta con el océano más transitado y los más feraces recursos pesqueros.

Por supuesto, entre unas zonas y otras existen muy profundas desigualdades. También es cierto que las instituciones democráticas de algunos países son aún débiles. Sin embargo, estos problemas no son más acusados que en otras regiones del mundo, incluida Asia. El Atlántico tiende a la integración, lo que significa que existe un potencial casi ilimitado a desarrollar.

Hace ya cuatro años que dirijo un proyecto en el Centro de Relaciones Transatlánticas de la Universidad Johns Hopkins orientado a la promoción de la Atlantic Basin Initiative precisamente para desarrollar dicho potencial. Más de 100 funcionarios y expertos han participado en esta empresa. Nuestros puntos de vista se recogen en el informe titulado *A New Atlantic Community*, presentado el año pasado en Washington. En dicho documento formulamos recomendaciones concretas en cinco áreas donde los acuerdos entre los principales actores regionales serían particularmente beneficiosos.

La primera es la energía. Hoy en día, la Cuenca del Atlántico representa más de un tercio de la producción de petróleo y gas mundial. Alberga casi el 60 por ciento de las reservas de gas de esquisto técnicamente recuperables de todo el mundo, el 12 por ciento de las reservas de gas convencionales y el 40 por ciento de las reservas probadas de petróleo del mundo.

La Agencia Internacional de la Energía (AIE) prevé que Estados Unidos superará a Rusia este año como principal productor de gas natural; también superará a Arabia Saudí en 2017 como primer productor de petróleo del mundo.

Brasil, entre otros países, está invirtiendo en industrias energéticas de primer nivel. Y los descubrimientos de yacimientos en alta mar en Ghana, Surinam-Guayana, Namibia, Marruecos o Argentina desempeñarán sin lugar a dudas un papel clave en el futuro mapa energético mundial.

Sin embargo, no existe todavía un marco de trabajo que permita profundizar en la colaboración transnacional. Un Foro Atlántico de Energía podría hacer frente a los acuciantes problemas de acceso a la energía y de desarrollo sostenible en toda la región.

La segunda área propicia para la cooperación es la del crecimiento económico y el desarrollo humano. La zona atlántica es el espacio comercial más importante y exitoso del mundo.

Estados Unidos y la Unión Europea representan el 50 por ciento del PIB total del mundo, el 30 por ciento de las transacciones comerciales totales y un intercambio diario de bienes y servicios que alcanza los 2.000 millones de euros.

América Latina y África están experimentando unos índices de crecimiento elevados y sus consumidores demandan cada vez más productos y servicios. En los años venideros las

regiones costeras de ambos continentes devendrán en grandes motores para la economía mundial.

Pero persisten grandes desafíos. Las desigualdades entre los países atlánticos son el principal impedimento para que la región alcance todo su potencial. Para eso, las políticas contra la pobreza y de cooperación al desarrollo deben ir de la mano con un comercio más libre y mercados más abiertos.

La tercera área de cooperación se refiere a nuestro océano común. Las estrategias encaminadas a aprovechar el potencial no explotado de los océanos están de moda en todas partes, pero tenemos que impulsarlas de manera conjunta.

Desafíos como el aumento del nivel del mar, la pesca sostenible y la seguridad y gobernanza marítima deben abordarse mediante mecanismos de cooperación. Es por ello que en nuestro informe se aboga por un Atlantic Ocean Forum para impulsar proyectos mancomunados en torno al océano Atlántico, nuestro patrimonio común.

La cuarta área es la seguridad humana. Debemos controlar mejor fenómenos como las drogas, la trata de personas, el tráfico de armas, las amenazas cibernéticas, el blanqueo de dinero, la corrupción, la piratería y el terrorismo, que socavan el comercio mundial, el desarrollo regional y la estabilidad política de la región. Las naciones del Atlántico deben adoptar medidas conjuntas a fin de abordar esos desafíos y amenazas.

La quinta y última área a desarrollar es la gobernanza democrática basada en el imperio de la ley. Todos conocemos los casos de retrocesos democráticos en la región, como el de Venezuela.

No obstante, en países como Chile, Colombia y Perú, entre otros, se observa un creciente con aquellas normas y prácticas democráticas que permitirán mejorar la institucionalidad y cultivar una cultura de respeto a la ley.

Nuestra generación tiene el inmenso privilegio de vivir un punto de inflexión en la Historia de la humanidad. Factores como la revolución tecnológica que representa Internet y las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, los cambios que se están produciendo en la industria energética en todo el mundo y la tendencia imparable en las redes de infraestructuras de transporte están reescribiendo el equilibrio de las relaciones y del poder, tal y como lo hemos conocido hasta ahora en el contexto internacional.

La Cuenca Atlántica está llamada a desempeñar un papel protagonista. Contamos con el éxito de la experiencia de la región del Atlántico Norte en materia de consolidación de la democracia, la libertad y el Estado de Derecho. Y tenemos el enorme potencial que representa la zona del Atlántico Sur en un mundo que exige que ese potencial se convierta en realidad. Una nueva comunidad atlántica que trabaje para toda la región puede ayudar a traer prosperidad a todos los que tienen la suerte de vivir al lado de este magnífico océano.

Y también puede sentar las bases para la reconstrucción de un orden internacional estable basado en el Derecho internacional y en principios compartidos por todos.”